

ta de Ortega. En 1930 el mismo Díaz Fernández publicó su manifiesto antielitista, llamado *Nuevo Romanticismo*, creando con Antonio Espina y Adolfo Salazar la revista *Nueva España*. Estos breves apuntes, en fin, los proporcionamos para recordar que la mayoría del

grupo, así como su cabeza más visible, José Díaz Fernández, provenían de la tertulia y del círculo de Ortega, separándose después y oponiéndose a las expresiones más íntimamente culturales del primer Ortega, la Residencia de Estudiantes y la Revista de Occidente.

ESPACIOS DE SOCIABILIDAD CULTURAL EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

RIBAGORDA, Álvaro: *Caminos de la modernidad. Espacios e instituciones culturales de la Edad de Plata (1898-1936)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009, 289 p.

ÁNGEL PERIS SUAY
ORCID: 0000-0003-4579-6746

Madrid fue a comienzo del siglo XX el núcleo político, económico y cultural de España. Sin duda ésta es una afirmación innecesaria por evidente. Pero lo que no es tan evidente es la historia interna, la descripción de la conjunción de instituciones formales e informales, populares y minoritarias, públicas y privadas, que crearon progresiva y, al principio, casi inadvertidamente un ambiente y una vida espiritual capaz de dinamizar y hasta de eclosionar en una de las épocas de mayor creación científica, artística, literaria, y cultural de la historia de nuestro país.

Quizá haya que tocar fondo para empezar a crecer, y es así como la crisis del fin de siglo supuso un reto y un acicate para la transformación política, económica, social y cultural. Ortega, siempre tan certero y escueto en sus análisis lo describe con claridad, la verdadera

crisis española consiste en que en España no ha ocurrido nada, España no ha contribuido en nada a la historia moderna de las ciencias fundamentales, la decadencia consiste en la falta de ciencia. España no es nada, por su alma no han pasado ni Platón, ni Newton, ni Kant. Por eso Ortega, como otros muchos españoles de la época, profesaban un patriotismo del dolor, "la tradición española es un grave dolor que me atormenta". Patriotismo que no vive del pasado, sino que exige escapar de la frivolidad, hostigar el presente para hacer posible el futuro. Para Ortega estaba claro, la reforma vital e institucional del país exigía elevar la cultura. El análisis en 1908 era duro: si miramos una biblioteca pública en Madrid, encontramos que no hay obras de Fichte, apenas hay de Kant, ni de Harnack, ni de Brugmann, en España no hay sombra de ciencia. Ramón y Cajal o Hinojosa, no son un orgullo, son más bien una vergüenza porque son la excepción, son casualidad. Sin embargo, llamaba entonces la atención, hay un buen grupo de jóvenes ilusos y laboriosos, dispuestos a consagrar su vida a la ciencia, sólo necesitan un poco de apoyo

Cómo citar este artículo:

Peris Suay, A. (2011). Espacios de sociabilidad cultural en el primer tercio del siglo XX. Reseña de "Caminos de la modernidad. Espacios e instituciones culturales de la Edad de Plata (1898-1936)" de Álvaro Ribagorda. *Revista de Estudios Orteguianos*, (23), 199-203.
<https://doi.org/10.63487/reo.472>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 23. 2011
noviembre-abril

para su trabajo: becas de viaje, laboratorios, archivos y bibliotecas.

Éste es el panorama y ésta es la solución. Sólo faltaba resolver cómo se podía intentar invertir esa situación. No era una cuestión de decretos o reglamentos, que los hubo, ni de grandes inversiones o iniciativas espectaculares. Lo importante era que pequeñas iniciativas emprendidas por un reducido grupo de inconformistas y clarividentes fuera creando un ambiente, no sólo crítico, sino creativo. Y eso es lo aconteció durante un lapso de cuarenta años e intenta relatar Álvaro Ribagorda. Madrid se convirtió en pocos años, según defiende, en un epicentro mundial de la cultura. Quizá sea un poco optimista el juicio cuando sopeamos el poso que dejó esa época en el español medio del momento, pero no cabe duda que la acumulación de nombres propios, aunque se trate de una mera coincidencia temporal, invita a considerar la producción cultural de esa época como un acontecimiento sin parangón: Picasso, Lorca, Alberti, Miró, Gaudí, Machado, Unamuno, Ortega, Juan Ramón Jiménez, Juan Gris, Vicente Aleixandre, Valle-Inclán, Dalí, Cernuda, Buñuel, Ramón Gómez de la Serna, Menéndez Pidal, Américo Castro, Sánchez-Albornoz, Blas Cabrera, Ignacio Bolívar, Severo Ochoa, Grande Covián, etc.

Tomando como punto de partida la cita de Paul Aubert, Madrid era a comienzos del siglo XX el lugar: “[...] donde fraguarse un nombre, encontrar un aparato de expansión intelectual si saben respetarse algunas instrucciones de uso, iniciarse a la literatura y al periodismo, frecuentar lugares de estudio o de socia-

bilidad, encontrar una tribuna y forjarse un proyecto de renovación política” (p. 17), Álvaro Ribagorda se propone describir por medio de qué caminos, instituciones y lugares se fraguaba ese espacio de sociabilidad intelectual en el que se materializaron las relaciones personales y profesionales. Espacios de sociabilidad medianamente estructurados unos, otros fueron puntos de encuentro en ocasiones dispersos y difusos, e instituciones culturales y científicas que tuvieron un destacado protagonismo como vías de entrada de movimientos e influencias internacionales, lugares de trabajo y medios de difusión de las novedades del pensamiento. A las instituciones ya existentes: ateneos, casinos y sociedades; además de aquellas de mayor oficialidad como Reales Academias de la Lengua, la de Historia o Bellas Artes y otras no oficiales de distinto signo como la Institución Libre de Enseñanza; se unieron otros espacios informales, como ciertos cafés, instituciones como la Junta para Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes o la Residencia de Señoritas que asumieron, cada una en su ámbito, un protagonismo singular en la renovación del ambiente cultural español.

Comienza este recorrido con los espacios e instituciones de la industria cultural, la cultura como espectáculo: teatros, música, cine, salas de exposiciones, en la medida en que puedan considerarse como síntomas de la creación cultural. Mientras el teatro se debatía entre el gran público y las manifestaciones minoritarias en pequeñas salas, el cine iba ganando terreno con salas y proyectores en barrios, colegios y parroquias diseminados en la

mayor arte de los barrios de Madrid. Pero de forma paralela e independiente de los beneficios y el gran público, un conjunto de instituciones contribuyeron a la introducción de las principales novedades culturales y científicas de espaldas a la Universidad: el Casino, que fue algo más que un espacio de recreo de la aristocracia, el Círculo de Bellas Artes que comenzó como centro de exposiciones pero que diversificó sus actividades y se convirtió en un centro de referencia cultural y de ocio, el PEN Club, del que fue primer presidente Azorín, que fue una de las primeras reuniones de escritores de todas las tendencias de España, el Ateneo de Madrid como eje cultural y de debate y actualidad política, alguien lo consideró “la antesala del congreso” pero que también organizaba cursos y conferencias, veladas literarias y musicales, exposiciones. Por la descripción de temas que fueron objeto de debate en sus salones, según relata el autor, el Ateneo fue el lugar en el que se fraguó una parte de la opinión pública española: el caciquismo, la cuestión agraria, el centenario del *Quijote*, la difusión del marxismo y el fascismo en Europa, la reforma universitaria...

Después de una breve pincelada por la presencia de las vanguardias europeas en París, Londres y Berlín, revisa la presencia de la vanguardia artística en España, con especial atención al ultraísmo. Es interesante el análisis sociológico que describe. Un reducido mundo en el que escritores y artistas compartían espacios, los mismos medios de difusión, al tiempo que competían por sobrevivir haciéndose un lugar en el mercado y la sociedad. En ese marco se fue creando una sensación de grupo minoritario que

se enfrenta al poder establecido y la cultura oficial. Esta complicidad generó una atmósfera enriquecedora y autoexigente. Se creaba para la comunidad afín que rápidamente respondía con su crítica y corrección al tiempo que se alimentaba y respondía con su propia creación.

En el tercer capítulo se enumeran y describen algunos de los espacios más llamativos e importantes para el desarrollo de estas vanguardias y del desarrollo cultural: las tertulias de los cafés de Madrid. Las tertulias eran lugares de encuentro, centros de debate, lugar de discusión completamente libre y, a la vez, guarida de artistas bohemios malvivientes. Tal como se describen, las tertulias han sido a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX uno de los centros neurálgicos de la vida cultural española. “En casas particulares, casinos, ateneos, redacciones de periódicos, trastiendas de librerías, y especialmente en los cafés, las tertulias han sido una de las formas de ocio preferidas por toda clase de personas, y han sido además uno de los centros fundamentales donde se han originado acontecimientos trascendentales (conspiraciones políticas, revoluciones sociales, movimientos culturales, etc.)” (p. 97). A Madrid tenían que acudir todos aquellos que tuvieran vocación literaria o artística, pero aun con una industria editorial en crecimiento era muy difícil encontrar un hueco, era necesario dejarse ver, frecuentar las tertulias, aprender de las nuevas corrientes, conseguir la atención y quien sabe, la recomendación de algún autor consagrado. En ellos se escribieron proclamas públicas, manifestos culturales, poemas y discursos. Merecen en el texto especial atención la

tertulia que fundó Ramón Gómez de la Serna en el Café Pombo y la tertulia del Colonial promovida por Cansinos Assens.

Si estos tres primeros capítulos se centran en instituciones culturales no formales, los tres capítulos restantes se centran en los proyectos de la Junta para Ampliación de Estudios, una institución estatal dependiente del Ministerio de Instrucción Pública y cuyos hijos más famosos fueron la Residencia de Estudiantes y la menos conocida Residencia de Señoritas. La Junta para Ampliación de Estudios fue uno de los proyectos de modernización científica más importantes en la España del primer tercio del siglo XX. Su objetivo fue ofrecer ayudas complementarias a estudiantes y profesores con el fin de crear cuadros técnicos y profesionales formados en lo más avanzado de la ciencia y la cultura internacional. Si embargo, el autor señala un detalle importante, el objetivo de la Junta para Ampliación de Estudios no era únicamente el desarrollo científico, este era el medio de un fin mucho más ambicioso: modernizar España. Se trataba de formar a unos cientos de hombres en los avances científicos y culturales para que luego sirvieran, a través de la universidad, de formadores de profesionales, científicos, médicos, filósofos, arquitectos y políticos y progresivamente fueran expandiendo su influencia modernizadora. Se llama la atención del origen con clara inspiración en la Institución Libre de Enseñanza, aunque con independencia con respecto a ésta. Se describen sus actividades, centradas en dos tipos de tareas: proporcionar becas para estudios en el extranjero y crear centros en los que se pudiese desarrollar y

continuar los proyectos emprendidos. En este sentido se describe la creación de centros como el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, el Laboratorio de Investigaciones Biológicas, el Laboratorio de Investigaciones Físicas y otros laboratorios de la Residencia de Estudiantes. Por otra parte, de forma semejante a las ciencias naturales se describe el desarrollo de centros destinados a las ciencias sociales y las humanidades: Centro de Estudios Históricos con varias secciones de Filología, Historia, Filosofía, Estudios Árabes, Arqueología, Arte, Literatura Contemporánea, etc. La Junta, además de crear destacadas instituciones científicas, realizó una gran labor en el campo de la educación a través de centros como el Instituto Escuela de Segunda Enseñanza, la Residencia de Señoritas o la Residencia de Estudiantes.

La Residencia de Estudiantes y la Residencia de Señoritas fueron creadas como centros de estancia y domicilio temporal para estudiantes, un lugar en el que vivir lleno de estímulos intelectuales. Creado a imitación de los *Colleges* ingleses de Oxford y Cambridge se convirtieron en centros en los que se desarrollaron una serie de actividades culturales, cursos y conferencias como complemento formativo más allá de la especialización científica que cada cual recibiera, que constituyó un hito de sociabilidad cultural en España. También en este caso es destacada en su origen la influencia de la Institución Libre de Enseñanza y la inspiración directa de Giner de los Ríos. Se trataba de que el ambiente de la cultura vivida imprimiese un complemento educativo fundamental. Pero si la Residencia de

Estudiantes es conocida, es especialmente reseñable la aportación que destaca el autor de la Residencia de Señoritas, un capítulo importante del largo proceso de integración de la mujer a la cultura y la vida pública española. La comparación con la Residencia masculina, y el importante, aunque menor, programa de actividades complementarias culturales y científicas, sigue suponiendo una de las contribuciones más importantes para la integración de la mujer en un momento en el que fue además un modelo en el que se miraban otras instituciones.

El trabajo de Álvaro Ribagorda, bien escrito, bien informado, con profusión de datos y bien estructurado, invita especialmente a leerlo. Los proyectos de transformación social exigen la contribución de instituciones privadas y públicas, formales y no formales, y protagonistas de muy diversa índole y talante. El autor no trata únicamente de

relatar hechos, sino de transmitir un ambiente. Por eso es importante a lo largo de todo el libro el esfuerzo de conexión entre los datos, la descripción de la estructura psicológica de socialización, con las relaciones personales y profesionales que se establecieron entre los escritores científicos y artistas, de los espacios e instituciones en los que se desarrolló la vida intelectual, del papel y la influencia que estas instituciones tuvieron en la vida cotidiana.

Afirmaba Ortega que la educación es la transformación de una realidad en el sentido de una idea mejor y que por tanto la pedagogía es la ciencia de la transformación de las sociedades. "Antes llamábamos a esto política: he aquí pues que la política se ha hecho para nosotros pedagogía social y el problema español un problema pedagógico." Mejorar la sociedad a través de la educación no es un sueño.

HISTORIAS DE LOS INTELLECTUALES

CUENCA TORIBIO, José Manuel: *Ensayos Contemporáneos*. Madrid: Actas, 2010, 263 p.

EMILIO SÁENZ-FRANCÉS

ORCID: 0000-0003-2841-6078

Resulta ocioso glosar los méritos que adornan y definen la trayectoria académica de José Manuel Cuenca. En efecto, desde su atalaya de la Universidad de Córdoba, el profesor Cuenca se erige en uno de los puntales esenciales de la labor docente e investigadora en torno a la historia contemporánea de

nuestro país. Un referente académico esencial en toda la segunda parte del siglo XX, y de los primeros compases del XIX, que ha llegado a articular toda una escuela académica de caracteres propios y bien definidos, dominada por su vasta producción bibliográfica.

El carácter de historiador de raza de Cuenca le ha llevado, usando las palabras de Marc Bloch, a buscar su presa en entornos y problemáticas muy diversos, unidos todos ellos por algunas claves de bóveda que se extienden a lo largo de sus variadas preocupaciones

Cómo citar este artículo:

Sáenz-Francés, E. (2011). Historias de los intelectuales. Reseña de "Ensayos Contemporáneos" de José Manuel Cuenca Toribio. *Revista de Estudios Orteguianos*, (23), 203-208.

<https://doi.org/10.63487/reo.473>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 23. 2011
noviembre-abril